

F2216

H85

REGIONES EQUINOCCIALES

NUEVO CONTINENTE

RECIBO EN 1800 HASTA 1801

POR AL DE BOURBON Y BONAPARTE

REPUBLICA DE LOS ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA



FONDO METERIO
VALVERDE Y TELLEZ

UNIVERSIDAD DE CAROLINA
LIBRO Y ARCHIVO

VIAGE

À LAS REGIONES EQUINOCCIALES

DEL

NUEVO CONTINENTE.

LIBRO OCTAVO.

CAPÍTULO DIEZ Y NUEVE.

Confluencia de los ríos Apure y Orinoco. — Montes de la Encaramada — Uruana. — Baraguan. — Carichana. Embocadura del Meta. — Isla Panumana.

Al salir del río Apure, nos hallámos en un país de un aspecto enteramente distinto. Una inmensa llanura de agua se extendía ante nosotros como un lago á pérdida de vista. Las olas blanquinosas se elevaban hasta muchos pies de altura por el choque de la brisa y de la corriente. Ya no oíamos los gritos agu-

III.

1

002510

dos de las garzas , los flamencos ni otras aves que cruzaban el rio en largas filas: buscábamos en vano alguna de estas tribus de pájaros nadadores , cuyas mañas industriosas varian en cada una; y aun la misma naturaleza parecia menos animada. Apénas podíamos distinguir en el hueco de las olas algunos cocodrilos grandes que surcaban oblicuamente la superficie de las aguas, ayudados de sus largas colas. El horizonte estaba limitado por una banda de selvas; pero ninguna de ellas se prolongaba hasta el recinto del rio; y las vastas playas, constantemente abrasadas por el sol, desiertas y áridas como las del mar, parecian de lejos unos mares de aguas durmientes. Las orillas arenosas, lejos de determinar los límites del rio, los hacian inciertos, los ensanchaban ó recogian segun la variedad del juego de los rayos inflexibles.

En estos rasgos del paisage, y en este carácter de soledad y grandeza, se reconoce el curso del Orinoco, uno de los rios mas magestuosos del nuevo mundo. Las aguas, las tierras, todo ofrece un aspecto característico é individual: el álveo del Orinoco no se parece á los del

Meta, Guaviare, Rio Negro y Amazona; y estas diferencias dependen no solamente de la anchura ó de la rapidez de la corriente, sino de un conjunto de relaciones, que es mas facil conocer hallándose en el sitio, que definir con precision.

Soplaba un viento fresco del este nordeste. Pasámos la punta Curiquima, que es una masa aislada de granito cuarzoso, un pequeño promontorio de peñas redondas. El álveo del Orinoco, en su actual estado de aguas bajas, tenia 1906 toesas de ancho; pero esta anchura llega hasta 5517 toesas cuando la peña de Curiquima y la hacienda del capuchino se convierten en islas. Subimos desde luego hacia el sudoeste hasta la playa de los Indios guaricotos, situada en la orilla izquierda del Orinoco, y luego hacia el sud. Es tan ancho el rio, que las montañas de la Encaramada parecen salir del agua, y como si se las viese sobre el horizonte del mar: forman una cadena continua dirigida del este al oeste; á medida que se aproxima á ellas se hace el pais mucho mas pintoresco. Estos montes son compuestos de peñascos enor-

mes de granito quebrados y amontonados unos sobre otros. Su division en peñascos es efecto de la descomposicion. Lo que particularmente contribuye á adornar la situacion de la Encaramada, es la fuerza de la vegetacion que cubre los costados de las peñas sin dejar descubierto sino las cimas: creeríase ver unas ruinas antiguas que sobresalen en medio de un bosque. Detuvimos en el puerto de la Encaramada, que es una especie de embarcadero ó sitio donde se reunen los barcos: forma la orilla un peñasco de 40 á 50 pies de altura; y se ven siempre las mismas peñas de granito amontonadas, así como se hallan en el Schneberg en Franconia, y en casi todas las montañas graníticas de Europa.

Los nombres indios de la mision de San Luis de la Encaramada, son Guaja y Caramana: esta mision es un lugarcito fundado en 1749 por el padre jesuita Gili, autor de la *Storia dell Orinoco*, publicada en Roma. Este misionero muy instruido en las lenguas de los Indios, ha vivido en aquella soledad durante diez y ocho años hasta la expulsion de los jesuitas. Para for-

marse una idea exacta del estado salvage de aquellos paises, bastará recordar que el padre Gili habla de Carichana, que está á 40 leguas de la Encaramada, como de un punto muy lejano, y que nunca se atrevió á llegar hasta la primera catarata del rio, cuya descripcion ha osado emprender.

En el puerto de la Encaramada hallamos Caribes de Panapana: era un cacique que subia por el Orinoco en su piragua para tener parte en la famosa pesca de huevos de tortuga. Su piragua era redonda hácia el fondo como un bongo, y seguida de una canoa mas chica, llamada *curiara*. Estaba sentado debajo de un toldo construido, así como las velas, de hojas de palmera. Su gravedad fria y silenciosa, y el respeto con que los suyos le trataban, anunciaban en él un personaje importante. Por lo demas no se diferenciaba el cacique de los otros; todos estaban desnudos igualmente, armados de arco y flechas, y cubiertos de *onoto*, que es la fécula colorante del rocou. El gefe, los criados, los muebles, el barco y la vela, todo estaba pintado de colorado. Estos Caribes son de

una estatura mucho mas atlética, y nos parecieron mucho mas altos que los Indios que hasta entónces habíamos visto: sus cabellos lisos y espesos estaban cortados sobre la frente como los de los monaguillos, sus cejas pintadas de negro, y su mirar vivo y al mismo tiempo sombrío, daban á su fisonomía una expresion de dureza extraordinaria. No habiendo visto hasta entónces sino los cráneos de algunos Caribes de las islas Antillas, conservados en los gabinetes de Europa, nos sorprendimos al encontrar en estos Indios, que eran de raza pura, la frente mucho mas arqueada de lo que se nos habia pintado. Las mugeres muy grandes, pero muy asquerosas, llevaban en hombros sus criaturas, cuyas piernas estaban ligadas de distancia en distancia con ligaduras muy anchas de tela de algodón, y sus carnes comprimidas fuera de los ligamentos estaban hinchadas en los intersticios. En general se observa que los Caribes son tan cuidadosos en lo exterior de su adorno, como pueden serlo unos hombres desnudos y pintados de colorado: ponen mucha importancia en ciertas formas del cuerpo, y una

madre seria acusada de una culpable indiferencia hácia sus hijos, si por medios artificiales no procurase amoldarle las pantorrillas á la moda del pais. Como ninguno de nuestros Indios del Apure sabia la lengua caribe, no pudimos tomar ningun conocimiento con el cacique de Panapana, sobre los acampamentos que se hacen en esta ocasion en muchas islas del Orinoco para la cosecha de huevos de tortuga.

Cerca de la Encaramada, está el rio dividido por una isla muy larga. Pasámos la noche en una ensenada peñascosa en frente de la boca del rio Cabullare, que se forma del Payara y del Atamaica, y algunas veces se le considera como un brazo del Apure, porque comunica con este por el rio Arichuna. Hácia media noche se levantó un viento nordeste muy violento, que aunque no traia nubes, cubria de vapores la bóveda celeste: sintiéronse ráfagas tan fuertes que comenzámos á temer por la seguridad de nuestra lancha. Durante toda esta jornada no habíamos visto sino muy pocos cocodrilos, aunque todos de una magnitud extraordinaria, de 20 á 24 pies: los Indios nos aseguraban que

los cocodrilos jóvenes prefieren vivir en los pantanos y en los rios mas estrechos, y especialmente se acumulan en los caños, de modo que podria decirse de ellos lo que Abd-Allatif dice de los cocodrilos del Nilo «que hormiguean como gusanos en las aguas bajas del rio, y al abrigo de las islas inhabitadas.»

Continuando el 6 de abril de subir por el Orinoco, primero hácia el sud y luego hácia el sudoeste, divisámos la falda austral de la *Serrania de la Encaramada*. La parte mas inmediata al rio, no tiene mas de 140 á 160 toesas de altura; pero la Serranía parece elevadísima, por sus faldas rápidas, sus cimas peñascosas y cortadas en prismas informes. Reúnense estos montes á los del Mato, que dan origen al rio Enchivero; los de Chaviripe se prolongan por las montañas graníticas del Corosal, de Amoco y del Murciélago, hácia el nacimiento del Everato ó del Ventuari.

Por medio de estas montañas habitadas por Indios de un carácter dulce, aplicados á la agricultura, hizo pasar el general Iturriaga el ganado vacuno destinado para el abastecimiento

de la nueva ciudad de San Fernando de Atabapo. Los habitantes de la Encaramada mostraron á los soldados españoles el camino del rio Manapiari que desemboca en el Ventuari. Descendiendo estos dos rios se llega al Orinoco y al Atabapo, sin pasar las grandes cataratas que ofrecen obstáculos casi invencibles para el transporte del ganado. El espíritu emprendedor que tan eminentemente habia distinguido á los Castellanos, en tiempo del descubrimiento de la América, apareció de nuevo por algun tiempo en medio del siglo décimo octavo, cuando el rey don Fernando VI quiso conocer los verdaderos limites de sus vastas posesiones, y que en los bosques de la Guyana, en aquella tierra de tradiciones tan fabulosas, la astucia de los Indios hizo renacer la idea quimérica de las riquezas del Dorado, que tanto habian ocupado la imaginacion de los primeros conquistadores.

No puedo menos de citar aquí un hecho que no fué desconocido al padre Gili, y de que se ha hablado varias veces, durante nuestra mision en las misiones del Orinoco. Los indigenos de aquellas regiones han conservado la cre-

encia de que «en el tiempo de las grandes aguas, «cuando sus padres se veian obligados á ir en «canoas para libertarse de la inundacion general, venian las olas del mar hasta **batir** contra «las peñas de la Encaramada.» Esta **idea** no se presenta aisladamente en solo el **pueblo** de los Tamanaques, sino que hace parte de **un** sistema de tradiciones históricas, cuyas **nociones** se hallan esparcidas entre los Maipures de las grandes cataratas, los Indios del **rio** Everato que desagua en el Caura, y en **casi** todas las tribus del alto Orinoco. Cuando se **pregunta** á los Tamanaques como ha sobrevivido el género humano á aquel catachismo extraordinario ó *edad del agua* de los Mejicanos, **responden** «que un hombre y una muger se **salv**aron en «lo alto de un monte llamado Tamanaqu, situado «en las orillas del Asiveru, y que habiendo arrojado tras sí, y por encima de sus **cabezas** el «fruto de la palmera mauritia, **vi**eron nacer de «los huesos de este fruto los hombres y mugeres que poblaron de nuevo la tierra.» He aquí en toda su simplicidad, y entre pueblos salvajes, una tradicion que los Griegos han ador-

nado con todos los encantos de la imaginacion. A algunas leguas de la Encaramada se eleva en medio de la sávana, una peña llamada *Tepumereme*, *Roca pintada*, que ofrece figuras de animales y pinturas simbólicas semejantes á las que hemos visto bajando el Orinoco á poca distancia y debajo de la Encaramada, cerca de la ciudad de Caycara. Semejantes peñas son llamadas en Africa por los viajeros *pedras de fetiches*; mas no me serviré de este nombre porque el fetichismo no se conoce entre los Indios del Orinoco, y porque las figuras de estrellas, sol, tigres y cocodrilos que hemos visto trazadas en las peñas, en lugares hoy inhabitados, no parecen designar de ningun modo objetos del culto de estos pueblos. Entre las riberas del Casiquiare y del Orinoco, entre la Encaramada, el Capuchino y Caycara, se hallan á veces estas figuras geroglíficas, á unas alturas muy grandes y sobre murallas de rocas, que no serian accesibles sino construyendo andamios muy elevados. Cuando se pregunta á los indígenas como se han podido esculpir aquellas figuras, responden sonriéndose, y como con-

tando un hecho que solo un extranjero, un blanco puede ignorar, «que á la época de las «grandes aguas iban sus padres en canoas hasta «aquellas alturas.»

Estas antiguas tradiciones del género humano que hallamos esparcidas en la superficie del globo, como restos de un vasto naufragio, son del mayor interes para el estudio filósofico de nuestra especie; semejantes á ciertas familias de vegetales que, á pesar de la diversidad de climas y la influencia de las alturas, conservan la impresion de un tipo comun, así las tradiciones cosmogónicas de los pueblos ofrecen por todas partes una misma fisonomía, y unos rasgos de semejanza que nos llenan de admiracion. Tantas lenguas diversas que pertenecen á unas ramificaciones enteramente aisladas al parecer, nos transmiten los mismos hechos. El fondo de las tradiciones sobre las razas destruidas, no varia casi nunca; pero cada pueblo les da una tintura local. Tanto en los grandes continentes como en las islas mas chicas del Océano pacífico, siempre es la montaña mas elevada y mas inmediata, la en que se salváron los restos del

género humano, apareciendo este acontecimiento tanto mas reciente, cuanto las naciones son mas incultas, y que el conocimiento que tienen de sí mismas no data de una época muy remota. Cuando se estudian atentamente los monumentos mejicanos, anteriores á la descubierta del nuevo mundo, cuando se penetra en los bosques del Orinoco, y se advierte la pequeñez de los establecimientos europeos, su aislamiento y el estado de las tribus que han quedado independientes, es imposible atribuir dichas analogías á la influencia de los misioneros, ni á la del cristianismo sobre las tradiciones nacionales. Así mismo es poco verisímil que el aspecto de los cuerpos marinos, hallados en las cimas de las montañas, haya hecho nacer entre los pueblos del Orinoco la idea de aquellas grandes inundaciones que han apagado por algun tiempo el gérmen de la vida orgánica sobre el globo.

El pais que se extiende desde la orilla derecha del Orinoco hasta el Casiquiare y el Rio Negro, es un pais de rocas primitivas. He visto en él una pequeña formacion de asperon ó conglo-

meracion, pero ninguna caliza secundaria, ninguna traza de petrificaciones.

Un viento fresco nordeste nos condujo á vela llena, hácia la *Boca de la tortuga*: echámos pie á terra, á las once de la mañana, en una isla que los Indios de la mision de Uruana consideran como perteneciente á su propiedad, y que está colocada en medio del rio. Esta isla es célebre á causa de la pesca de tortugas, ó como allí dicen, la *cosecha de huevos* que se hace anualmente: encontramos una reunion de mas de 300 Indios, acampados en cabañas construidas de hojas de palmeras; ademas de los Guamos y los Otomacos de Uruana, que son mirados como dos razas salvages é intratables, habia Caribes y otros Indios del bajo Orinoco. En medio de aquella confusa asamblea hallámos tambien algunos hombres blancos, en especial *pulperos* ó mercaderes de Angostura, que habian remontado el rio para comprar á los indígenos el aceite de huevos de tortuga.

Saliónos al encuentro el misionero de Uruana que era natural de Alcalá de Henares: sorprendióle extraordinariamente nuestra aparicion,

y después de haber admirado nuestros instrumentos, nos hizo una descripción exagerada de los sufrimientos á que estábamos expuestos si subíamos el Orinoco mas arriba de las cataratas. El objeto de nuestro viage le pareció misterioso. « ¿Como se puede creer, nos decia, que « hayan vmds. abandonado su pais, por venir « á este rio á que les devoren los mosquitos, y « á medir tierras que no les pertenecen? » Por fortuna estábamos provistos de recomendaciones del padre guardian de las misiones de San Francisco; y el cuñado del gobernador de Variñas, que nos acompañaba, hizo desaparecer las dudas que nuestro trage, nuestro acento y nuestra llegada á aquella isla arenosa habian hecho nacer entre los blancos. Dímos la vuelta á la isla, acompañados del misionero y de un pulpero que se gloriaba de haber concurrido diez años al acampamento de los Indios y á la pesca de tortugas.

Hallámonos en un arenal enteramente plano. « Todo lo que alcanza la vista á lo largo de la « playa, nos dijeron, está lleno de huevos de « tortuga, cubiertos de un manto de arena. » Tenia

el misionero una vara larga en la mano, y nos hizo ver que sondando con aquella vara, se determina la extension del *rastro* de huevos, así como el minador determina los límites de un depósito de marga, de hierro terroso ó de carbon de tierra. Hundiendo la vara perpendicularmente, se siente, por la falta de resistencia que se advierte de repente, que se ha penetrado en la cavidad ó manto de tierra movida que contiene los huevos. Vimos que el *rastro* está esparcido con tal uniformidad, que la sonda se halla en un radio de 10 toesas al rededor de una señal dada; así es que se cuenta de los huevos por el terreno, al modo que un terreno de minas dividido por lotes y explotado con toda regularidad. Sin embargo el *rastro* de huevos está muy lejos de cubrir toda la isla; y especialmente cesa en los parages donde el terreno se eleva repentinamente, porque la tortuga tiene dificultad en trepar aquellas pequeñas eminencias. Yo recordé á nuestros guias las enfáticas descripciones del padre Gremilla, que asegura que las playas del Orinoco contienen menos granos de arena que tortugas tiene el rio, y que estos animales impedirian la

navegacion, si los tigres y los hombres no mataban anualmente un crecido número. « Son cuentos de frailes, » decia en voz baja el pulpero de Angostura; pues como los frailes son los únicos viageros de aquel pais, llaman cuentos de frailes lo que en Europa llamaríamos cuentos de viageros ó de viejas.

La grande tortuga *Arrau*, huye de los sitios habitados por el hombre y frecuentados por los barcos. Es un animal tímido y receloso, que saca la cabeza fuera del agua y la vuelve á meter al menor ruido. Las playas donde parecen reunirse anualmente todas las tortugas del Orinoco estan situadas entre el confluente de este rio con el Apure y las grandes cataratas ó *Raudales*, es decir, entre Cabruta y la mision de Atures; allí se hallan los tres pescaderos célebres de la Encaramada, ó Boca del Cabullare, de Cucuruparu, ó Boca de la tortuga, y el de Pararuma un poco mas abajo de Carichana. Parece que la tortuga *Arrau* no remonta las cataratas, y se nos ha asegurado que mas arriba de Atures y Maipures no se hallan sino tortugas *Terecayas*.

La época en que la tortuga *Arrau* pone sus